

VII Jornadas: Diálogos entre Literatura, Estética y Teología

La esperanza de la última voz: *El libro de la hospitalidad* de Edmond Jabès.

Mercedes María Lennon

Universidad Católica Argentina

mercedeslennon@gmail.com

Buenos Aires

Edmond Jabès, poeta nacido en Egipto (1912), de confesión judía y educación francesa, lengua y país que adopta luego de su exilio, se convierte en el arquetipo del extranjero para la literatura francesa del siglo XX. Cifra de la poética jabetesiana, el libro, como construcción, se configura en su morada, su país, su universo. En *El libro de la hospitalidad* (1991), ante la inminencia del adiós a la vida, aborda la hospitalidad como umbral provisional, cruce de caminos, desde el vaciamiento y la espera hasta la llamada del otro, en su soberana diferencia y en su radical semejanza.

Entre los escritores que el crítico y novelista Maurice Blanchot menciona en su libro *L'Amitié* (1971), se encuentra al poeta egipcio Edmond Jabès con el que, efectivamente, sostuvo, siempre a la distancia, un vínculo de amistad prolongado en el tiempo. Todo sugiere en ese texto de Blanchot, que él personalmente hubiera preferido reservar los versos del amigo, es decir, guardar silencio frente a la poesía de Jabès, como si temiera petrificar las visiones de nuestro poeta o abolir ese desierto

que las rodea. Afortunadamente, un intento fallido que desemboca en esta confesión: “Respecto a este libro [*El libro de las preguntas*] me prometí a mí mismo no hacer comentarios. Hay obras que como ésta se confían a nuestra discreción. Al hablar de ellas las perjudicamos, o mejor dicho, las retiramos de su propio espacio que es el de la reserva y el de la amistad. Pero llega un momento en el que esa especie de austeridad que es el centro de todo libro importante (...) lo libera de nosotros y rompe las ligaduras” (2000: 17). Blanchot ingresa en el poemario de Jabès con los pies descalzos. Quisiera como lectora repetir este gesto, atravesar el umbral de *El Libro de la Hospitalidad* con la confianza en aquello que responderá en el texto, tiempo de espera, hermenéutica de una escucha que abona el advenimiento de la hospitalidad. Les propongo además acceder a este universo jabesiano por el final, por la última puerta, por el libro póstumo. Tiempo del adiós que augura la verdad en el lenguaje y, consecuentemente, tiempo inderogable para un principio.

El poemario *El libro de la hospitalidad* publicado en Francia en 1991, se abre con una triple interrogación, frecuente operador del caudal discursivo en el corpus de nuestro poeta. En esta oportunidad, con una entonación ascendente/ descendente que se intensifica por yuxtaposición: Dónde?, Cuándo?, Por qué? Interrogaciones que prácticamente se quedan sin aliento en su enunciación, atravesadas en su conjunto por este inminente adiós a la vida. La proximidad de la muerte, como un espacio de irreductible singularidad y de desnudez, anima sus versos. “En el comienzo de todo comienzo y al final de todo final, hay una palabra ineludible con la que tropezamos: la palabra Adiós.” (27). La muerte va a dictar cada una de las palabras en este poemario. La cercanía de este final y el desgarramiento, que esta experiencia genera, instauran la posibilidad de una nueva legibilidad de la palabra poética. Esta experiencia de un lenguaje que tiembla en las profundidades y vacila y se quiebra tiene la posibilidad de desencadenar una transparencia. “La aurora no es el adiós- había anotado-; pero todo adiós es la deslumbrante audacia de la aurora” (103).

Joven al momento en que Jabès, ajeno a cualquier filiación, mantenía lazos de amistad intelectual con Gabriel Bonoure, Maurice Blanchot, Max Jacob, René Char, Jean Paulhan entre otros, el filósofo francés, Jacques Derrida, le va a dedicar especial atención a nuestro para abordar el concepto de la deconstrucción. En su libro *Dar la*

muerte (2006), el filósofo sostiene que ésta efectivamente nos da que pensar el adiós. Derrida entiende el adiós como bendición o saludo dado en el momento de separarse, a veces para siempre, pero también el adiós comprendido como “a-dios, el para Dios o el ante Dios ante todo y en toda relación con el otro, en todo otro adiós”. Y concluye: “Toda relación con el otro sería, antes y después de todo, un adiós” (2006: 59). Es decir, asociada a la muerte, la palabra adiós aparece como posibilidad del acontecer del sentido en la que se recortan los fragmentos de palabras en diálogo, premisa de la hospitalidad. “Todo diálogo-decía él- es a tres voces; voz del que habla, voz del que responde y voz de la muerte que los hace, a ambos, hablar” (2014: 81). La muerte humaniza pero también aniquila, rompe, subvierte la lógica y, con ella, la sintaxis.

¿Dónde?, ¿Cuándo?, ¿Por qué? La palabra poética va a transitar por ese borde que delinean estas interrogaciones abiertas, incompletas, sin otro interlocutor que el propio sujeto de la enunciación, sin más contenido presupuesto que el de la existencia de un secreto encriptado. “El más allá está en el secreto. / Un lugar otro protegido por su lejanía” (50). Hay un enigma que se le escapa a la palabra pero a la que ella pertenece de hecho. Una incógnita ilegible más que invisible. Un secreto sin fondo. Un secreto del que se ignoran sus razones últimas. Pero hacia allí se dirige el sujeto poético, con una decisión tajante, subversiva en términos jebesianos, que llama a “Minar la base. / Sacudir la cima” (40). Casi cerrando este poemario se lee:

“Recapitulemos. / No tanto para vosotros como para mí mismo. / He apoyado, desde siempre, la pregunta y me he dejado llevar por el libro. / Me he enfrentado a la semejanza y he asumido la subversión. / Me he dedicado a delimitar lo real y lo irreal; la ausencia y la presencia; la vida y la muerte, la palabra y el silencio. / He extendido el diálogo y he definido qué es compartir. / He hecho balance.” (102).

Con su última voz, atraviesa esta experiencia embriagada de palabras como eternidad, infinito, muerte, nada. El lenguaje, inquieto por esta oscilación que ellas desatan, se pone en movimiento con el propósito de recuperar todas las palabras, negándolas todas a la vez, “para que designen, tragándose, el vacío que no pueden colmar ni representar” (2007: 290). Justamente, en este contacto con la única realidad

privada de ser, se escucha la llamada o la destinación engarzada en el filo de estas palabras clave en relación al enigma, sin más ley que la epifanía del acontecimiento.

Para Edmond Jabès, nacido en el seno de una familia sefardí, en El Cairo, en 1912, país donde recibe una educación clásica francesa, circunstancia que le facilitará el posterior exilio en París (1957), el desierto es el lugar de este despertar. En los años de juventud, incursiona varias veces en el Sahara. “Con frecuencia solía quedarme cuarenta y ocho horas en el desierto, solo. No me llevaba libros sino una simple manta. En semejante silencio, la proximidad de la muerte se hace sentir de tal forma que parece difícil poder resistir más” (2000: 33). Hacia este no lugar, topografía en la cual el sino del escritor se une a la raíz del judío errante, en un topo retórico permanente, se retira nuestro poeta. Para “Callar. Apartarse.” (2014: 103). “Seguir las ramificaciones de lo opaco” (53). En este paisaje íntimo se repliega en busca de una despersonalización que paradójica y hospitalariamente lo hace sujeto en sí y para sí, es decir, “presencia verdadera” (97). La experiencia del vacío facilita no sólo este despojo personal sino también la oportunidad de volverse otro, extranjero de uno mismo: “aquel que conoce el peso del cielo y la sed de la tierra; aquel que ha aprendido a contar con su propia soledad (...) el desierto nos envuelve. Nos volvemos inmensidad de arena al igual que escribiendo, somos libro” (2000: 35). El judío y el escritor, ambos autóctonos del desierto y también del libro, se analogan en una metonimia que asume los continuos desvíos del desierto. Ellos se traducen en interrupciones, fragmentos, retazos que pueblan *El libro de la hospitalidad*: las frases se suspenden y se retoman, el verso convive con la prosa, los personajes aparecen y desaparecen, los diálogos se truncan y se entrecruzan con citas o bien, un relato de viaje, crónicas periodísticas y hasta breves escenas autobiográficas.

En esas arenas sin huellas, en donde el referente se distancia sin márgenes, la ausencia resuena en cada pregunta y se vuelve grito inolvidable. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué? Las tres interrogaciones que se arriesgan por el sentido suponen una ruptura de un orden previo. El enigma adquiere así la forma de una totalidad desgarrada y oculta. “Oh, certidumbre de la fuente, en medio de las arenas. // Dios es certidumbre- decía un sabio-. Él es el pozo. // Dos certidumbres se disputan el desierto. Una es de agua; la otra, de polvo” (2014:23).

Frente a este desamparo, la espera aparece en este escenario como la adecuada “disposición de las arenas” (28). En *El libro de la hospitalidad*, Jabès define como hospitalaria, a la espera, con un complemento de grado superlativo, “por encima de todo” (34). Indudablemente, nuestro poeta puede afirmar con su testimonio que la esencia de todo poema es ser espera de sí mismo. Matriz mística de silencio, de desnudez, esta espera, que se homologa a la experiencia del desierto, despierta la misma incertidumbre que se siente frente a una página en blanco.

En el desolado país de las arenas, en la espera abierta a lo que viene y al que viene, se escucha la llamada del otro, lo otro, los otros. Llamada de amor que busca ser habitada, siempre dentro del universo del libro. El poema llama al poeta: él lee, descifra, escucha la inmaculada blancura en la que se forman las palabras (40). Su inquietud, su imaginación, su deseo se ponen en marcha. “Variable espacio de la hospitalidad. / Duelo y, de repente, renacimiento” (25). La llamada se convierte en nuevo pórtico, siempre pasajero, circunstancial, acontecimiento en que el interior y el exterior se convocan mutuamente.

“Llueve sobre París. // Un transeúnte – es él- se sube el cuello de la gabardina y sigue su camino. // Amar, a pesar de todo. // “No sé quién eres- decía un sabio- pero sé que te pareces a mí. // “No obstante, no es por tu parecido conmigo por lo que te aprecio sino porque, todavía, no tienes, para mí, nombre.// “Mañana es nuestro primer día,” (39).

Para aquellos poetas que, como Jabès, encuentran en la poética una forma radical de habitar el mundo, el acto de nombrar guarda una maravilla inquietante. “Lo que da valor – me gustaría subrayarlo- a una palabra no es la certeza que muestra al imponerse sino, todo lo contrario, la carencia, el abismo, la incertidumbre contra la que lucha” (65). Dar un nombre equivale a hospedar, “Acoger al otro sólo por su presencia, en nombre de su propia existencia, únicamente por lo que representa”.// “Por lo que es” (33). Esa distancia que nos separa pero que también nos impide estar separados es la condición para poder nombrar esa intimidad oculta luego puesta a la luz, en la fuente de la comprensión.

Ilimitada es la polisemia de la palabra hospitalidad en este poemario. Asistimos a un vivo desfile de connotaciones que responden a primera vista a una cierta banalidad discursiva. Sin embargo, por otra parte, esta aparente trivialidad emerge encapsulada en concisos y graves aforismos que expresan una conciencia aguda y oracular. Una paradoja que reúne en la enunciación aforística cada fragmento material, de superficie, a una fuente encriptada. La hospitalidad se vuelve aquí ese puente, espacio liminal, llave que evita la clausura. Ella anula cualquier cerrojo que acorte la infranqueable distancia, que desmienta la ausencia, que ignore la extrañeza. Siempre desde este umbral, la hospitalidad se sostiene en la promesa de una circularidad incesante, superficie/ profundidad, ruptura/ totalidad, muerte/ resurrección en la que todo/ nada está siempre por reescribirse o releerse. En ese cruce de caminos, el sujeto poético inscribe la palabra hospitalidad como una herida, con un utensilio puntiagudo en la piedra friable. Ella se erige desde el comienzo de este poemario *Le critère* (1991:13) que permite contemplar y sostener en el instante del acontecimiento la tensa y frágil reciprocidad que cobija el sentido, en su permanente errancia.

El libro de la hospitalidad recurre a la figura del arcoíris para expresar esta alianza silenciosa, austera, compleja entre dos singularidades absolutas, irreconciliablemente absolutas. Aparece como una figura intempestiva que se despliega en el poemario en instancias de un viaje o aventura hacia el sentido.

“Hospitalidad, hermoso arcoíris, //con tus siete colores legendarios. //Sol y lluvia, risa y llanto. //Inmenso arrebató de amor y de luz. //La tierra está unida a la tierra. // La confesión más clara es transparente.”(2014: 47).

La hospitalidad nace como respuesta a la llamada desde un lugar otro, desde un más allá, de una fuente oculta. La fenómeno de la luz deja ver con mayor transparencia, aunque veladamente, la opacidad de lo inconfesado o secreto. Y acontece con un movimiento apasionado, furtivo, capaz de abrir la integridad del cielo a la tierra fragmentada, de lograr una libre comunicación en una sorprendente unidad,

en una totalidad dinámica de acabamiento y renovación cíclica, en el centelleo de sus siete colores. Ambición poética por excelencia.

El arcoíris de Jabès, contrariamente a lo que se podría esperar por asimilación de la tradición griega, no dibuja un puente entre el cielo y la tierra. En nuestro poeta, el arco, morada de la palabra, se delinea de tierra a tierra, de nombre a nombre. Su semilla, que brota de la herida, se vuelve árbol frondoso en la tierra, a ras del suelo, a ras del verbo, porque son las raíces las que hablan. Con su savia se escribe la vida. Sólo esta simiente inmortal rotura la tierra y florece.

“Imagina, primero, un endeble tallo que fuese un grito; hojas salpicadas de oro que fuesen pasivos peldaños de sufrimiento, y brotes a punto de abrirse, que fuesen el indicio de inminente florecimiento de la planta, enfrentándose a la muerte deslumbrada. //Imagina, después, espinas alrededor de toda la ascensión de una rosa que el amor, poco a poco, ha llevado a su balsámica completud. //Que pueda esa rosa ser el fraterno mensaje de una mañana, lanzado a nuestros compañeros de infortunio” (39).

De lejos, este puente de tierra a tierra también señala al cielo. No podría ser de otro modo porque sin su presencia, sin su particular conformación, sin el agua, sin el sol, sin el aire, no se podrían vislumbrar los siete colores que componen el *arc en ciel*. Su unidad y su desvío. La hospitalidad jabetesiana no excluye lo divino, lo distancia hasta incorporarlo vuelto ausencia que ingresa como luz en la gota de agua. El Dios presente en el corpus del poeta egipcio “...es creíble donde Él no puede ser creído. / En su cristalina ausencia” (78). Esta experiencia de la ausencia de Dios con mayúscula, de la que habla nuestro poeta, no debería asimilarse al concepto de dios con minúscula, sino más bien a una ruptura que estalla en libres interrogantes. Esta ruptura habita en el corazón de los libros de Jabès como una herida fecunda. Alcanzar la verdad significa no desalojarla de las apasionadas preguntas que se irán desmoronando una a una porque esta lejanía, de cerca, sin la otra orilla, se diluye en la nada, en el polvo.

Sin duda, la negatividad de Dios que se ha ausentado de sí, dejando que el silencio interrumpa su voz y sus signos, es la posibilidad de la historicidad y de la palabra del hombre. Para Jabès, Dios solo responde a una interrogación del hombre. Pero también surge la palabra humana arrojada hasta lo impensado, como deseo y

pregunta de Dios. “- Dios está muerto de hambre, decía un sabio. / -¿Puede Dios conocer el hambre?- le replicaron. /- Dios, os lo concedo, no es el hombre- dijo, entonces, el sabio-. Pero Su hambre es igual a la nuestra.” (34). Dios es la elección del judío y el judío es la elección de Dios. La cuestión de la identidad como la especificidad judía aparece vinculada a la libertad propia y a la del Otro u otros. De ahí la apertura al diálogo entre sabios, rabinos, periodistas, personajes anónimos y el propio sujeto de la enunciación, quienes circulan en este poemario como el destino del devenir judío.

Por cierto, las resonancias del Talmud y de la Cábala están presentes en este poemario, particularmente en su lógica, en su espíritu profundo. Sin embargo, esta inmersión en la tradición hebrea que le llega a nuestro poeta de la mano de su padre y en la que él luego profundiza, no convive con la ortodoxia. De todas maneras, sería impreciso circunscribir el motivo de su alejamiento de la religión judía solo a una cuestión dogmática. Su marcado universalismo, como también su naturaleza contradictoria, seguramente también se suman a esta causa. Desde esa pertenencia resquebrajada, desde esa no pertenencia, con una distancia marcada por esta dualidad, Jabès escribe, por ejemplo, el artículo periodístico incluido en este poemario sobre la profanación del cementerio judío de Carpentras y, en esta misma línea, en el apartado titulado “La llamada”, interpela al lector, a cobijar al ausente, en memoria de “Auschwitz, tachadura de la nada, tachadura definitiva” (38). Le demanda proteger la palabra hospitalidad del mal que la rodea y que él identifica, particularmente, con la indiferencia.

Para el poeta Edmond Jabès, emblema del extranjero que vive y escribe desde los márgenes en la literatura francesa del siglo XX, el otro también ocupa una posición excéntrica. Desde esta perspectiva, se establece la alianza entre los hombres, semejantes en su condición de huéspedes, nómades, exiliados, vulnerados todos en su carencia de lugar. “Porque somos vulnerables, somos inseparables.// Podemos, entonces, elegir: negarnos o unirnos”, decía él” (53). Esta comunión herida, como figura del nosotros, clama por una morada que se vuelva cuerpo, “Mano tendida” (51), lengua, casa, sed compartida de ternura, del alma y del libro. (24).

“A quien habla, tenemos el derecho a preguntarle en nombre de qué habla” (2014, 41), escribe el poeta en *El Libro de la Hospitalidad*. Podríamos responder que

Jabès habla habitando la contradicción más descarnada, con la incesante pregunta que se desgarran en el vacío, pero que también se erige en punto de apoyo. Habla situado en ese filo donde se quiebra la palabra, se distancia de sí y se recompone desde su ausencia convertida nuevamente en palabra. Jabès habla en nombre de un lugar, un *aquí* en el que reside su esperanza y su fracaso. Un lugar, que es el decir de esta nada, como una imposibilidad sin la cual no hay aventura ni escritura. “Intentos abortados por delimitar lo impensable, por recobrar la unidad” (2000: 119). Un lugar que es también distancia en relación con uno mismo y con el otro pero, al mismo tiempo, proximidad de un sueño común.

En el libro, médula de la poética jabetesiana, está en juego esta dualidad y el fin de la dualidad:

“Iba surgiendo otra obsesión por el libro sin que yo estuviese preparado para ello: un libro fuera del tiempo- al igual que se me aparecía de repente Egipto- y que integrara la ruptura a todos los niveles; un libro en el que las propias palabras estuviesen enfrentadas al infinito que las mina” (76).

La pasión por el libro identifica a Edmond Jabès, al judío y al poeta, conjuntamente. El judío desde siempre ha comprendido que su verdad se encuentra en el Libro, y, por este motivo, se ha dedicado a comentarlo, a interrogarlo, en una travesía del pasado hacia el futuro. El poeta deconstruye el libro del que forma parte en esas pocas palabras iniciales. “Judío”, “Dios”, “libro”, “lugar” abonan la simiente del universo poético de Jabès. Palabras obstinadas que nunca se agotan, que se resisten a ser borradas, palabras que están en el origen del interrogante que ellas mismas desencadenan. “...usted sabe que uno de los nombres de Dios en hebreo es *Hamakom* que significa *Lugar*. Dios es el lugar, al igual que el libro. Este paralelismo siempre me ha excitado. Dios, a través de su Nombre, es el libro. Es por lo que he señalado... que solo se escribe en el borrado del Nombre divino- del lugar” (34).

Plasmar el mundo en el libro resulta una tarea dinámica e imposible que necesariamente conduce al fracaso. Pero Jabès insiste en la esperanza aún en el momento en que “la vida comienza a olvidarme; la muerte, a reconocirme” (2014:

23). Pero es justamente la muerte, como posibilidad o imposibilidad de ser, la mayor esperanza del poeta. Ella se posiciona en un aquí de la escritura que se asoma al abismo de la nada como creadora de mundo. No se trata de una confianza que salva porque promueve el estatismo de las certezas sino, por el contrario, esta confianza se sostiene en un renacer de la pregunta, como apertura que se inscribe en el libro y, a través de la cual, el hombre se puede filtrar indefinidamente. Aunque efímera, precaria, la esperanza es un riesgo de sentido que reanuda un devenir inagotable, “garantía de supervivencia” (92), a cada paso, con cada palabra recuperada o dejada atrás, de libro a libro. La existencia para este poeta esperanzado es insistencia y tenacidad.

El libro, cifra de la poética de Jabès, se convierte en signo de esta perseverancia. A la publicación en 1963 de *El libro de las preguntas* le suceden *El libro de los márgenes* (1975-1997), *El libro de las semejanzas* (1976-1980), *El libro de los límites* (1982-1987) y finalmente *Un extranjero con, bajo el brazo, un libro de pequeño formato* (1989) y *el Libro de la hospitalidad*. Clave en su escritura, el libro, identifica el arte y la vida misma porque él es la única realidad desde la cual la realidad puede ser, al inscribirse. Gramática y ontología, sostiene Derrida (2012: 104), superficie y profundidad, materia y vacío.

En este poemario póstumo, en el cual una vez más se ha plantado la pregunta por el misterioso origen del libro dentro de los libros, el sujeto poético sostiene, al comienzo del mismo, que el criterio es la hospitalidad. Y antes del adiós final, cierra con esta convicción: “Inconmensurable es la hospitalidad del libro” (2014: 102). La hospitalidad se talla en el libro como mediación sin medida entre dos variables, como un arcoíris entre una palabra y otra, como aventura de una nueva legibilidad entre lectura y escritura, entre judíos y palestinos, unos y otros, entre el Todo de Dios y lo poco del hombre.

“¿Escribir” se pregunta el poeta “no sería tratar de abolir para siempre la distancia entre nuestra vida y lo que escribimos de ella, entre nosotros y el vocablo?” (132). Sólo en el libro se sale del libro hacia lo otro que no puede sino escribirse y

releerse. Este despliegue y repliegue en lo ilimitado, articulado por la voz del poeta, no es especulación sino poesía al borde de una promesa.

Bibliografía:

JABES, Edmond. 1991. *Le Livre de l'Hospitalité*. París: Éditions Gallimard. Pp.101.

2000. *Del desierto al libro. Entrevista con Marcel Cohen*. Presentación Carlos Padrón Estarriol, trad. Ana Carrazón Atienza y Carmen Dominique Sanchez. Madrid: Minima Trotta. Pp.167.

2006. *El libro de las preguntas*. Pról. Francisco Jarauta. Madrid: Siruela. Pp.895

2014. *El libro de la hospitalidad*. Trad. y presentación Sarah Martín. Madrid: Minima Trotta. pp.103.

BLANCHOT, Maurice. 2007. *La parte del fuego. La literatura y el derecho a la muerte*. Trad. Isidro Herrera. Madrid: Arena Libros, Tiempo al tiempo. Pp.303.

DERRIDA, Jacques. 2006. *Dar la muerte*. Barcelona: Paidós. Surcos 31. Pp.173.

2012. "Edmond Jabès y la cuestión del libro" en: *La escritura y la diferencia*. Presentación Manuel Asensi Pérez, Trad. Patricio Peñalver. Barcelona: Anthropos Editorial, Siglo Clave 3. Pp.413.

2017. Anne Dufourmantelle. *La hospitalidad*. Trad. y pról. Mirta Segoviano. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2000. Pp 155.

ESCANDELL VIDAL, María Victoria. s/f. "Los enunciados interrogativos. Aspectos semánticos y pragmáticos" Capítulo 6, Versión pre-publicación, mimeo. URL: http://portal.uned.es/pls/portal/docs/PAGE/UNED_MAIN/LAUNIVERSIDAD/UBICACIONES/04/DOCENTE/MARIA_VICTORIA_ESCANDELL VIDAL/PUBLICACIONES/61-GDLE.PDF

GRUPO M. 1982. *Retórica general*. Bs.As.: Paidós, 1987.

HAVERKATE, Henk. 2007. “Aspectos pragmalingüísticos de la interrogación en español con atención especial a las secuencias de preguntas”, en *Revista de estudios culturales de la Universitat Jaume I / Cultural Studies Journal Of Universitat Jaume I, Cultura, lenguaje y representación / Culture, Language and Representation*, vol. III, 2006, pp. 27-40 URL: <http://www.e-revistas.uji.es/index.php/clar/article/viewFile/1317/1162>

LEVINAS, Emmanuel. 2012. “IV. La Morada” en *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme, 2012. Pp. 169-193.

THEOBALD, Cristhop. 2008. *Le Chistianisme comme style*. Une manière de faire de la théologie en postmodernité. Paris: Cerf.